

## XVIII

### LA CUESTIÓN DE ROMA

En medio de todas las preocupaciones que al emperador Napoleón y á su gobierno causaban todos los incidentes de la política interior y exterior, la cuestión italiana seguía penetrando, por decirlo así, en todos los asuntos y era una de las que más daban en qué pensar, por lo mismo que no se veía una solución práctica, fácil é inmediata, y tan difícil era resolverla de un modo ú otro como esquivarla. Esa cuestión era la predominante, no sólo en la política exterior francesa á causa de las complicaciones que de ella podían surgir, sino también en la interior, porque dada la actitud adoptada desde un principio por Napoleón III se había enajenado en gran parte el apoyo de los católicos.

En el período á que hemos llegado de nuestra historia se ve á aquel monarca ingeniándose por calmar la impaciencia de los italianos reiteradamente manifestada, persiguiendo con más perseverancia que esperanza varios planes de transacción entre el Piamonte y la curia romana, desalentándose luego de sus propios esfuerzos, dejando caer de sus manos cansadas y ya débiles todo lo que imprudentemente había levantado, y contentándose con una dilación á falta de una solución.

Cavour había fallecido en el momento preciso en que toda Italia, á excepción de Roma y Venecia, quedaba reunida bajo un mismo cetro; pero aquel grande hombre de Estado no consideraba terminada su misión y en sus últimos momentos tenía la vista fija en Roma, combinando planes para buscar una solución aceptable para sus compatriotas, no muy ofensiva para Francia y acompañada de las suficientes garantías espirituales para que los católicos la aceptasen sin grandes protestas y el Papado se resignase á aceptarla. Ricasoli, su sucesor al frente del gobierno italiano, siguió el mismo designio; pero como no estaba dotado de la misma fertilidad de recursos ni de igual autoridad, creyó compensar con su energía, su atrevimiento y el ardor de sus instancias lo que le faltaba de prestigio y de genio. Ya desde su subida al poder muchos de sus amigos empezaron á recelar de sus intemperancias, y los sucesos que se siguieron confirmaron estos temores.

Aún no habían transcurrido tres semanas desde la muerte de Cavour, cuando Ricasoli, obedeciendo á su impaciencia, envió á París al conde Arese con una carta para el ministro de Negocios extranjeros, Thouvenel, en la que pedía

que Francia fijara un próximo término á la ocupación de Roma y cesara de poner un obstáculo á las aspiraciones nacionales. El enviado no logró ningún resultado positivo de sus conferencias con el ministro, ni de la que tuvo con el emperador en Fontainebleau, el cual acabó por decirle que Ricasoli era demasiado apremiante é Italia sobrado exigente; que ésta, á fuerza de importunidades, se exponía á cansar á sus protectores, y que después de haber obtenido tanto, procedería con cordura no haciendo hablar de ella.

Dió motivo á esta agria contestación un discurso pronunciado por el ministro piemontés en el Parlamento italiano, en el cual sin ambages ni rodeos proclamó el derecho de Italia á apoderarse de Roma, é hizo alusión á los rumores que circulaban de que el emperador exigía la isla de Cerdeña en pago de las facilidades que dejaba al gobierno piemontés, añadiendo que su gobierno jamás consentiría en sacrificar la menor parte de su territorio.

A consecuencia de esto y de las continuas reclamaciones de Ricasoli al gobierno francés, llegó el caso de que no sólo el emperador, sino Thouvenel y los demás ministros rehuían las entrevistas con Nigra, embajador de Italia en París, que se encontraba por lo mismo en una situación desairada entre las exigencias de Ricasoli y los procederes del gobierno francés.

En estas circunstancias ocurriósele al ministro piemontés un medio para precipitar, según creía, el desenlace de la cuestión romana, proyecto á la vez sencillo y astuto, porque consistía en pedir al Papa que renunciara á su poder temporal «en nombre del derecho incontestable que tenía la nación italiana sobre Roma,» dándole en cambio toda clase de compensaciones, y en hacer que Francia se hiciera intermediaria de la petición comprometiéndola y haciéndola solidaria de sus ambiciones. Con arreglo á este plan, dirigió en 10 de septiembre al Papa una carta muy extensa para despertar su sentimiento nacional, exponiendo al mismo tiempo las ventajas de toda clase que habían de resultar para la Iglesia misma de un arreglo pacífico con la Italia. Acompañaba á la carta un borrador de convenio, según el cual se aseguraban al Papa los derechos soberanos, el ejercicio completamente libre de su misión espiritual, la convocación y reunión también completamente libres de concilios y sínodos, la independencia de los obispos y sacerdotes de toda acción del gobierno en sus funciones espirituales, la renuncia del rey á todos sus derechos de patronato y de participación en el nombramiento de los obispos, y finalmente una dotación fija é invariable. Ricasoli solicitó el auxilio del cardenal Antonelli y el del gobierno francés para entregar la citada carta al Papa, si bien el conde de Arese había vuelto de París con la noticia de que el emperador no juzgaba oportuno dar entonces ningún nuevo paso á favor de Italia.

Thouvenel recibió los documentos relativos á este proyecto por conducto de M. Benedetti, que había sustituido á Talleyrand en la representación de Francia en Turín, y desde luego comprendió lo incorrecto del paso que de él se solicitaba; por esto se limitó á contestar al embajador Nigra que la combina-

ción de Ricasoli no era á propósito para proponerla al Papa, y todo cuanto se podría hacer sería invitar al representante francés en Roma á sondear el terreno.

A la carta dirigida al Papa, el cardenal Antonelli contestó solamente, por medio de un artículo publicado en la *Gaceta oficial de Roma*, que no veía en la proposición del gobierno italiano sino el espíritu insaciable de ambición y de codicia, un descaro sin ejemplo, una estupidez que movía á risa, y aquellos principios inicuos é irracionales «con los cuales los instrumentos desenfrenados de la revolución llenaban desde hace tiempo la Italia de ponzoña.»

Este fracaso completo de Ricasoli excitó al partido de acción á intervenir directamente, y sus periódicos pidieron cada vez con más energía que se confiara el gobierno á Rattazzi. En los comités encargados de preparar la acción, á cuya cabeza estaba Garibaldi, había un número considerable que impulsaba á obrar, y en la misma ciudad de Roma tenían los patriotas muchas relaciones para poder detener ó hacer estallar, por medio de proclamas de los comités nacionales secretos, manifestaciones y desórdenes. El síntoma más notable de la disposición de los ánimos en Italia fué quizás el libro del padre Passaglia, que con el título: *Pro causa italica ad episcopos*, apoyaba la unión de Roma á la Italia, y se consiguieron más de ocho mil novecientas firmas de clérigos para una petición en este sentido que debía presentarse al Papa.

Todo esto dió mucho que pensar á Napoleón, que observó con gran disgusto que el general Goyón, que mandaba la fuerza francesa de ocupación en Roma, se mostraba demasiado complaciente con el gobierno romano; y cuando supo que aquel general había facilitado tropas suyas al gobierno del Papa para la custodia de presos, le hizo escribir: «No quiero que hagamos en Roma el papel de sayones del Papa.» Después, cuando le dijeron que aquel general había asistido á la celebración del aniversario de Castelfidardo, le envió una fortísima reprimenda. Esta desaprobación permaneció reservada; pero la opinión pública en Italia recibió nuevo aliento con el cambio del embajador francés en Roma. El duque de Gramont se encontraba entonces en una situación muy desagradable entre la inflexibilidad de la curia, con la cual no simpatizaba, y la unidad italiana, á la cual era también contrario, por cuya razón había solicitado hacía ya tiempo su traslación á otra embajada, y fué nombrado á principios de septiembre de 1861 para la de Viena. Su traslación significó, pues, muy poca cosa, pero fué mucho más importante la elección de su sucesor, el marqués de Lavalette, cuyas opiniones anticlericales eran conocidas. Sus instrucciones respecto de la situación política de Italia le encargaban proponer á Víctor Manuel la renuncia de Roma, quedarse con las provincias anexionadas del Estado de la Iglesia con el título de vicario del Papa, y encargarse de una parte proporcional de las deudas del Estado de la Iglesia. Por otra parte debía Lavalette aconsejar al Papa que concediera á sus súbditos reformas liberales. La contestación de Antonelli fué, como era de prever, completamente negativa, diciendo:

«El Padre Santo no hará ninguna concesión en este punto; un conclave no tendría derecho para hacerla, un nuevo pontífice no podría hacerla, y sus sucesores de todos los siglos venideros tampoco tendrían libertad de hacerla.» Por esto dijo Antonelli que no podía reconocer de ninguna manera los hechos consumados ni entrar en discusión sobre ningún convenio.

Por desagradable que fuese para el emperador Napoleón este inflexible *non possumus*, no le quedó más recurso que el manifestado por Billault en los debates del cuerpo legislativo, es decir, esperar, y que con él esperase toda la Europa; aguardar hasta que las cosas se presentasen posibles; no descuidar nada, pero tampoco precipitar nada. Esta actitud expectante era, por supuesto, muy mortificadora para la Italia, donde sólo algún hombre de Estado se atrevió á recomendar que por lo pronto no se pensara ni en Roma ni en Venecia y que se procurara con todas las fuerzas consolidar lo que se había conquistado ya. Cuando el conde Pouza di San Martino pidió en los últimos días del año 1861 que se aceptase este programa político y rechazó en caso contrario la cartera que se le ofrecía, lo rechazaron no solamente Ricasoli, sino también la opinión pública; pero esta conformidad con la opinión no añadió nueva fuerza al ministerio, porque se había comprometido hasta cierto punto á resolver la cuestión por medio de negociaciones y este camino resultó imposible. Ricasoli, no pudiendo encontrar un hombre de Estado que pudiese reemplazar á Minghetti en el ministerio del Interior, el cual había dimitido por no poderse poner de acuerdo con el presidente respecto de la organización de la administración; teniendo por contrario á Rattazzi, que amenazaba presentar su dimisión como presidente de la Cámara; estando apoyado tibiamente por las dos Cámaras del Parlamento y amenazado por un nuevo movimiento del partido de acción, dimitió el 2 de marzo de 1862, siendo reemplazado por Rattazzi, personaje muy bienquisto en la corte de las Tullerías, y de modo de proceder menos arrebatado que su predecesor.

En su primer discurso, pronunciado el 7 de marzo de 1862, Rattazzi afirmó que la cuestión de Roma se debía resolver con arreglo al voto del parlamento; pero en seguida añadió que debía serlo por los medios morales y por la diplomacia.

Rattazzi no pudo encontrar nuevas proposiciones para solventar la cuestión romana, y aprobó una idea propuesta por lord John Russell en París, á saber: que la guarnición francesa se limitara á ocupar el Vaticano y Civitá Vecchia, y que todo el resto del territorio se dejara á los italianos, sin que el Papa por esto renunciara al dominio temporal. Napoleón no aceptó este proyecto é hizo contestar al ministro inglés por vía de Thouvenel: «Lo más que se puede esperar de nosotros es que restituyamos la ciudad de Roma á los romanos, pues las pretensiones de Italia sobre Roma como capital son completamente injustificadas desde el punto de vista del derecho internacional.» De ahí no se dejó apartar Napoleón ni en un sentido ni en otro, á pesar de todos los esfuerzos así de la

emperatriz como del príncipe Napoleón. Entre Lavalette y Goyón, que representaban al emperador en Roma, el primero políticamente y el segundo militarmente, se originaron pronto conflictos serios, tanto que ambos fueron llamados á París, donde las quejas fueron decididas á favor de Lavalette, y el emperador dijo: «Sin vituperar la actitud militar de Goyón, exijo que mi política en Roma sea dirigida de un modo uniforme.» A mayor abundamiento el emperador, en una carta abierta muy larga que dirigió á Thouvenel el 20 de mayo de 1862, expuso otra vez sus intenciones, diciendo que deseaba un arreglo según el cual el Papa reconociese lo que había de grande en el anhelo de un pueblo que procuraba constituirse en nación unida, y por otra parte el pueblo reconociese la utilidad del poder del Papa, que se extendía sobre todo el mundo. El emperador indicaba en esta carta con bastante vaguedad los medios para conseguir este objeto; pero los explicó el ministro claramente en las instrucciones que se llevó Lavalette al regresar á su puesto en 30 de mayo, á saber: que la Italia renunciara á Roma; que se obligara ante la Francia á respetar el territorio del Papa y que se encargara de la deuda romana, si no del todo, por lo menos de gran parte; que la Francia, por la suya, procuraría que las potencias firmantes del acta del congreso de Viena garantizaran este estado de cosas, y les propondría, ó á lo menos á las potencias católicas, que fijasen en común una dotación al Papa, para la cual la Francia se obligaba á contribuir con tres millones de francos; pero que si el Padre Santo continuara en su sistema de inflexibilidad, el emperador se vería obligado á salir de una situación que, prolongada más allá de cierto plazo, falsearía su política.

Esta amenaza, junto con la de retirar la tropa de ocupación, cuyo mando pasó de Goyón al general Montebello, no produjo absolutamente ningún resultado.

Por entonces, ó sea en la primavera de 1862, Víctor Manuel y Pío IX presidieron solemnes festejos durante los cuales se pudo apreciar la infranqueable distancia que los separaba. Como en la Italia meridional había reinado siempre una agitación promovida por el partido borbónico que había dado lugar á medidas de severísimo rigor, creyóse que la presencia del rey acabaría de desconcertar á dicho partido. Con este motivo el monarca italiano se trasladó á Nápoles, donde fué recibido con toda pompa y aclamado frenéticamente por el pueblo. Pues bien: con motivo de estas solemnidades, en cada uno de sus discursos públicos ó de sus conferencias privadas expresó su propósito de no cejar en su tarea hasta el día en que toda Italia estuviera reunida bajo su cetro.

Por el mismo tiempo se celebraba en Roma la canonización de los mártires del Japón, á la que se dió desusada importancia. La capital se llenó de prelados y de fieles procedentes de todos los países, que saludaban al Papa con los gritos de «¡viva Pío IX rey!» Cuando á los pocos días el Padre Santo despidió á los obispos que habían acudido á aquella solemnidad, les dirigió una alocución concebida en el antiguo espíritu de inviolabilidad de la soberanía temporal. En cam-

bio los prelados le presentaron una petición, firmada por doscientos sesenta y cuatro arzobispos y obispos, cincuenta y seis de ellos franceses, suplicándole humildemente que se mantuviese firme é inflexible.

La conducta obscura y ambigua de Napoleón en todo este asunto había acabado por exasperar al partido de acción, cuyos jefes habían meditado durante



Rattazzi, presidente del ministerio italiano

los primeros meses del año un ataque contra Venecia y sólo en segundo lugar contra Roma, y en el mes de mayo habían hecho ya todos los preparativos para invadir desde la Lombardía el Veneto y para apoyar este movimiento con levantamientos revolucionarios simultáneos en Dalmacia y en los países danubianos. Rattazzi había ganado por la mano á los revolucionarios y disuelto las bandas de voluntarios que se habían reunido alrededor de Sarnico en la Lombardía, cuyo acto desató contra el ministro la enemistad del partido de acción. Este partido, no teniendo que atender ya á la política del ministerio, se ocupó en preparar la expedición contra Roma, que debía salir de la isla de Sicilia, y Garibaldi estaba decidido á ponerse á su cabeza. A fines de junio pasó á Palermo, donde desahogó su ira contra Napoleón en violentos discursos y empezó á reunir voluntarios. Esta actitud del héroe popular contrarió en gran manera al gobierno, que en aquellos días acababa de entrar en negociaciones con los de